

Original resulta la descripción que se hace de la mística ascendente en Francisco, descendente en Rielo. La expresión de este ascenso de Francisco en el sendero de la filiación divina es el *Canto de las criaturas* donde ve en todo la paternidad de Dios, aunque en verdad esto no lo detectó al principio de su conversión sino al final de la misma. En Rielo es opuesto, el grado de su conciencia filial surge desde el mismo instante de su vida. Orellana siguiendo las pautas de Rivera modula desde su propia experiencia y originalidad esta obra de *convergencias* entre San Francisco y Fernando Rielo, y en el subtítulo de la obra, la clave, pienso, de otra convergencia que hay en la base de todo cristiano: ser apología de Cristo, respuestas –desde la fe– a los interrogantes del hombre de hoy.

Cuando presenté la obra a una abadesa clarisa italiana, buena conocedora de las fuentes franciscanas, al explicarle el contenido y traducirle el título exclamó... «los capuchinos siempre han sido sabia vía de Francisco, pero a los identes os imaginaba más por la vía carmelita o dominicana, no sabía que tuvierais raíces comunes con Francisco...» «Y yo tampoco, pensé, pero no sé lo dije». Después de leer el libro se entiende que además de las convergencias concretas que se señalan existe una *convergencia* en «la comunión de los santos», Cristo se manifiesta en la medida que nos vamos transfigurando en Él. Cristo es paradigma de convergencia. Cristo, que si fue reducido a profesor de filosofía en la Edad Media que enseñó a Platón o a Aristóteles, hoy ha dejado de ser el catedrático emérito que continua explicando sólo filosofías ajenas, es pensador que propone su método propio (intelectual y revelado) de la mano de Fernando Rielo. Es la diferencia entre explicar filosofía y ser filósofo. Cristo explica al Padre, es su constante, su academia: la comunión de los santos, convergencia constante, autobiografía del divino. En Bolonia, ciudad desde donde escribo ya se encontraron Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, los santos, los místicos, los fundadores, los apologistas de Cristo, en su itinerario personal y fuera del tiempo, convergen siempre.

LUIS SÁNCHEZ FRANCISCO

AGIS, Marcelino – BALIÑAS, Carlos (Editores), *Pensar la vida cotidiana. Actas III Encuentros Internacionales de Filosofía en el Camino de Santiago*, Luis Sánchez de Francisco 1997. Santiago de Compostela, Universidad, 2001, 285 pp.

Estamos ante un libro insólito, y así lo reconocen los autores del mismo. La filosofía nació como abstracción de lo universal y permanente, dejando lo cotidiano fuera de la *episteme*. En consecuencia, la filosofía se ha alejado y sigue estando alejada de la vida ordinaria y del hombre de la calle. A pesar de ello, los autores de este libro fueron convocados a pensar, en principio, lo impensable. Las ponencias de estos 18 filósofos están agrupadas en 5 temas: 1º las caras de la vida cotidiana; 2º de la vida cotidiana a la filosofía; 3º ficción y realidad; 4º el tiempo y el espacio; 5º variaciones. Participan: Marcelino Agis, José Gómez-Heras, Carlos París, Sergio Rábade, Sergio Vences, Carlos Baliñas, Juan F. Ortega, César Raña, Luis Rodríguez Caminero, Angel González, Purificación Mayobre/Cristina Caruncho, Monserrat Negre, M^a Luisa Sánchez/Enrique Vidal, Antonio Pieretti, Jesús Ríos, Alberto Sucasas, Andrés Ortiz-Osés y Diego Rosales. Una conclusión se saca de su lectura: la vida humana tiene muchas caras, y no está de más conocerlas todas, en la medida de lo posible.

JORGE M. AYALA

MURRAY, David G. (Ed.), *Actas del Congreso de Metafísica ante el Tercer Milenio: Nueva luz para una disciplina antigua*. Edit. Universidad Técnica de Loja (Ecuador), 2 vols., 800 + 650 pp.

Del 5 al 8 de septiembre de 2000, en el marco del Jubileo de las Universidades que se celebraba en Roma, tuvo lugar un Congreso titulado «Metafísica ante el Tercer Milenio». En el mundo filosófico internacional parece que semejante propuesta en ese momento concreto resultó bastante sorprendente y a la vez sugestiva.

¿No se había dado por cerrada la empresa metafísica después de tantos ataques frontales en los últimos siglos y la indiferencia generalizada de la cultura circunstante? Entonces, ¿para qué el esfuerzo de realizar una valoración nueva del campo a nivel mundial, con la pretensión, incluso, de explorar posibles vías de desarrollo en el próximo futuro?

De hecho, el primer anuncio, comunicado internacionalmente a los departamentos de filosofía unos dieciocho meses antes de la celebración de los actos, suscitó una amplia gama de respuestas positivas —y hasta entusiastas— desde todos los rincones del planeta, respuestas que procedían, además, no sólo desde dentro de los círculos más afines, históricamente, a la continuidad de los planteamientos metafísicos, como es el caso del tomismo, sino también de las universidades civiles —e, incluso, técnicas— de muchos países.

Este punto es, seguramente, de notable interés cultural, ya que, en las universidades actuales, que se han ido volviendo fragmentariamente hiperespecializadas —si no dominadas por cuestiones mayormente pragmáticas—, es importante constatar que muchos estudiosos, pensadores e investigadores, dentro y fuera de la filosofía académica, todavía miran hacia el horizonte metafísico con la esperanza de sorprender algún rayo de luz.

Y nos parece que debe ser así, porque la palabra «metafísica» se refiere —si se nos concede la licencia de considerar, incluso, el largo período histórico antes de que fuera acuñado el término— al intento de la comprensión humana de captar, con el mayor alcance posible, el perfil del absoluto. Este intento es universal y de todos los tiempos, sea cual sea el nivel de formulación explícita. Perteneció, sin excepción alguna, a todas las culturas. Si nos olvidáramos de este hecho, hubiéramos roto, de una vez por siempre, los lazos con nuestros antecedentes humanos, y con quienes han osado pensar «a lo grande», ensanchando su capacidad intelectual más allá de la fisis o de lo sensorial.

Porque, en el fondo, de esto se trata cuando hablamos de «metafísica»: es el acto de suprema libertad intelectual de querer pensar lo que podría parecer impensable —esto es, el fundamento del pensar mismo—, de querer alcanzar lo que podría parecer inalcanzable. Es el pensamiento de lo primero y de lo último, de lo originario y de lo originante. Evidentemente, la consecuencia de esta constatación es que negar, por adelantado, la empresa metafísica —no, necesariamente, sus formas históricas— equivale a una especie de suicidio intelectual.

Ante los escépticos de turno, los dudosos de siempre, hay que afirmar que en este misterioso afán de «querer alcanzar lo inalcanzable» —*to dream the impossible dream*, por citar las palabras de una canción dedicada a nadie menos que Don Quijote de la Mancha, de venerable memoria— residen, en síntesis, toda la grandeza y todo el drama del pensamiento humano, incluidas las últimas etapas de las ciencias llamadas «empíricas».

Al final, entonces, doscientos «voluntarios», profesores universitarios procedentes de veinticinco naciones, respondieron al toque, haciendo que este Congreso fuera uno de los más internacionales de los sesenta encuentros organizados en torno al Jubileo universitario.

Ahora aparecen publicadas, en dos volúmenes, las ponencias y comunicaciones presentadas en Roma, estando clasificadas éstas últimas alrededor de las tres grandes áreas fijadas para el Congreso: Metafísica y Cultura, Metafísica y Ciencia, Metafísica y Religión.

En sus palabras iniciales el Cardenal Camillo Ruini, Vicario de Su Santidad para Roma, subrayó la exigencia contemporánea de hacer metafísica:

«[...] Creo que todos tenemos cierta impresión de que, en estos momentos de la historia, tan ricos de nuevas posibilidades a realizar, pero también amenazados por graves peligros para la humanidad, el mundo del pensamiento no puede estar ausente; no puede dejar el desenlace de los grandes acontecimientos planetarios de transformación que se están produciendo únicamente en manos de las fuerzas económicas o de la actuación enérgica, pero a veces ciega, de los logros técnicos». En este sentido, señaló la «necesidad de una auténtica reflexión en torno a las bases sobre las que se construye la civilización humana», recordando que, a diferencia de las épocas anteriores en Occidente y Oriente, con sus intentos de dar respuesta a las interrogantes fundamentales sobre la existencia, «hoy falta una propuesta metafísica [...] capaz de satisfacer por igual a las exigencias intelectuales de la llamada 'sociedad postindustrial' y las expectativas de las sociedades tradicionales que se apresuran hacia el desarrollo». Afirmó que tanto la investigación científica como la fe religiosa necesitan de la aportación metafísica para convivir en un estado de plena integración o armonía.

La variedad de temáticas es demasiado amplia como para ser tratada aquí, pero intentemos identificar, cuando menos, algunas de las indicaciones más llamativas.

Los dieciocho ponentes principales (*main speakers*) abordan el marco actual desde perspectivas muy distintas. Con alguna excepción, no plantean una solución del dilema, pero sí argumentan a favor de la posibilidad y necesidad de hacer metafísica hoy.

En su discurso de apertura, el conocido experto italiano Enrico Berti opina que la metafísica del futuro tendrá que «esencializarse», reducirse a un núcleo imprescindible de consideraciones que no puedan ser desmentidas por otras disciplinas. La cuestión básica, a su modo de ver, es si el «mundo de la experiencia», en su totalidad, *agota* la realidad o si depende de un fundamento o razón última que lo trasciende. Nicholas Capaldi (Estados Unidos) critica con profundidad —en el contexto del pensamiento católico, sobre todo— los límites que considera autoimpuestos al desarrollo interno de la metafísica occidental a partir del naturalismo y racionalismo de influencia aristotélica y reclama una vía de salida de esta cerrazón profundizando en la experiencia del sujeto humano. Manuel Carreira (España), desde su labor en las ciencias «empíricas», insiste en que las realidades que no pueden ser estudiadas dentro de los parámetros convencionales asignables a la materia y a las leyes físicas —como es el caso de la inteligencia y de la libertad humanas, entre otras— exigen otro ámbito distinto de estudio, precisamente el de la metafísica. Vittorio Possenti (Italia), preocupándose por el avance del nihilismo en el pensamiento moderno, halla la raíz de este fenómeno en la negación de la «intuición del ser» sostenida por la metafísica escolástica. Kenneth Schmitz traza las etapas modernas del alejamiento de la trascendencia bajo la figura de la «muerte de Dios» para llegar a la conclusión de que sigue abierta la vía de los trascendentales como referencia esencial del filosofar.

La propuesta más innovadora entre estas ponencias es, sin duda, la que propugna José María López (España) al presentar las claves del pensamiento del metafísico contemporáneo Fernando Rielo. La reflexión rieliana parte de un rechazo radical del «principio de identidad» como criterio para formular el objeto de la metafísica. Su desmontaje crítico del «ser en cuanto ser» como objeto de la metafísica precede a la afirmación de un nuevo objeto, el «ser +», o «concepción genética del principio de relación», que posibilita un giro copernicano para la elaboración de un nuevo discurso racional en torno al absoluto, lejos del abstraccionismo que, a los ojos de muchos, ha invalidado las metafísicas tradicionales. Esta propuesta exige nada menos que un replanteamiento de todo el proceso de elaboración metafísica desde el principio para comprender lo que no ha funcionado y ha llevado a un colapso casi total, en términos de la vigencia cultural de esta disciplina.

Las 120 comunicaciones leídas en Roma e incluidas en estas Actas proporcionan una muestra de las inquietudes que emergen actualmente en las humanidades. Desde los campos más variados —ética, estética, pedagogía, filosofía de la ciencia, epistemología, sociología, jurisprudencia y teodicea, por nombrar algunos—, reflejan una percepción generalizada de que hay que volver de nuevo a la consideración de los fundamentos para renovar el humanismo. Quizás una de las líneas más prometedoras —incluso, en contexto con el pluralismo cultural y religioso que se nos impone con creciente insistencia en todas partes— se encuentre en los intentos de relacionar la metafísica en cuanto comprensión (o precomprensión) interpretativa del absoluto con la experiencia mística en sus diversas manifestaciones históricas.

Los interesados podrán visitar el sitio web de la Universidad Católica de Loja —que colaboró con el Comité Jubilar y la Escuela Idente para organizar este Congreso— para más información.

DAVID G. MURRAY

CORBIN, Henry. *El hombre de luz en el sufismo iranio*. Agustín López y María Tabuyo (traductores). Madrid. Ediciones Siruela S.A. 2000. 154 pp.

María Tabuyo y Agustín López ponen al alcance del lector español esta obra de Henry Corbin que fue publicada en francés hace casi veinte años. En general, este autor se ha dedicado al islam chiíta y muy especialmente al pensamiento de Suhrawardi, místico iranio que junto con Ibn Arabi de Murcia es la figura más importante de toda la mística musulmana. Además, se ha ocupado (y también lo hace en esta obra) de los *ishraqiyun* que son una corriente de pensamiento que surge de Suhrawardi y que se basa en una geografía mística que busca el polo de luz en el Oriente, (de ahí su nombre que viene de *sharq*, que en árabe quiere decir oriente).